

La elegancia estética

El dietario de Ignacio Peyró tiene ese punto necesario de pensamiento libre, inclemente con alguien o con algo

J. ERNESTO AYALA-DIP

Cuando uno lee un dietario, piensa en los que ha leído. Es posible que mucha gente haya leído el del escritor catalán Josep Pla, 'El quadern gris'. Yo por ejemplo, llegué a Pla ya crecido, aunque a una edad en la que lo que has vivido te ayuda a entender mejor lo que cuentan otros que han vivido, cómo y qué consecuencias literarias sacan

de ello. Comencé en este género con el 'Diario' de Jules Renard. El impacto fue tanto, que antes de proponerme algo serio en la literatura creí que el diario era el género exacto para pasar a la posteridad. Renard escribió otro libro maravilloso, 'Pelo de zanahoria', pero yo siempre me quedaré con su diario.

Luego vinieron las lecturas de Gil de Biedma, Valentí Puig, José Carlos Llop. Y claro, 'Mortal y rosa', de Francisco Umbral. Y ahora Ignacio Peyró, con 'Ya sentarás cabeza. Cuando fuimos periodistas (2006-2011)'.

Siempre entendí la lectura de un dietario como una obra de ficción. Cuando entro en sus pá-

ginas, me importa poco si lo que el autor cuenta es verdad o no. Yo estoy instalado en la ficción y nada me hará cambiar de opinión. No estoy hablando de una novela, que también podría ser. Estoy hablando de una narración íntima, plausible, cotidiana, con días más logrados que otros, con epifanías, con sentencias que te dejan pensando. Los dietarios que he leído siempre me han aportado el pensamiento libre, inclemente con alguien o con algo. Es lo que me ocurre con este dietario de Ignacio Peyró.

Tengo una técnica para leer dietarios. Leo todas las páginas, pero lo hago yendo atrás y adelante. Como si buscara la sen-



YA SENTARÁS CABEZA
IGNACIO PEYRÓ

Ed.: Libros del Asteroide. 576 páginas. Precio: 24,85 euros (ebook, 11,39)

tencia justa, irremplazable. Y en este libro de Ignacio Peyró la encuentro enseguida: «Si el hombre inventó la noche, fue porque el mayor peligro está en el día». Aquí está la frase suelta, libre, imprevisible. El relato no la preveía.

Esto es la ley del dietario, in-

terruptir el relato de un día o de un hecho cotidiano e incrustar la intuición en carne viva e inteligente, casi visionaria. Hay más. «Sus manos parecían solo hechas para el gesto gracioso de parar un taxi, para desenfundar un guante, para tantear los muebles en caso de desmayo o derramar, dramáticamente, una copa de champán sobre la alfombra». Aquí intuyo a Umbral. O esta otra: «Reírse de uno mismo no es tan complicado –lo difícil es hacerlo cuando se ríen los demás». Aquí me encuentro con esa irreverencia exquisita de Jules Renard.

Solo hay una cuestión, algo que me sobra en este libro de inteligente y elegante escritora. Aparecen en sus páginas demasiados autores franceses antisemitas, para mi gusto. Demasiados.